

# De un depredador, otros demonios y un corazón liberado

María Angélica Navarro Mojica

## UNO DE LOS DEMONIOS

### LOS CAMINOS DE LA VIDA...

No tratéis de guiar al que pretende elegir por sí su propio camino.

SHAKESPEARE

Me sentía sola y frustrada. A pocos meses de graduarme de la prepa, no encontraba apoyo a mis aspiraciones profesionales por parte de mis padres. Era en realidad algo triste. Después de todo, habían logrado que estuviera en esa prepa, aunque yo no quería cambiarme de escuela (imposición manipulada, chantaje emocional... llámalo como quieras), y no había sido precisamente fácil adaptarme (pero ésa es otra historia).

Total, ninguna carrera parecía satisfacerles. ¡Y vaya que yo tenía una amplia gama de intereses que me apasionaban! (Y aún la tengo.) Pero no, nain, nel, naranjas dulces, ni maíz, palomas... Ni escritora ni actriz ni psicóloga ni antropóloga ni pedagoga ni trabajadora social y menos bióloga marina.

"Te vas a morir de hambre con esas carreras", solía decirme mi madre. Aprovecha que tienes pase directo, ¡y con beca! Y, claro, un triple no, no, no a la opción de mudarme a otro estado de la República mexicana para estudiar actuación o animales marinos. "No podemos mantenerte en otra ciudad." Ni siquiera porque estaba dispuesta a trabajar y estudiar al mismo tiempo.

Nop, nop, nop.

Mi padre no decía mucho; sin embargo, al pasar de los años, supe por otras fuentes (o sea, mi madre) que lo que él más temía era dejarme vivir sola en otro estado (“esta juventud de ahora y los peligros del mundo”), y particularmente le temía al ambiente de la vida artística, sobre todo porque habría tenido que regresar al Distrito Federal (actuación/literatura), de donde habíamos salido, precisamente para evitar esos peligros. Así que adiós al arte y a la mar, mis dos grandes amores, mis dos grandes pasiones... nanai.

¡Cielos!, ¡qué desilusión! Mis esplendorosas alas... rotas. Rotas y pisadas y escupidas.

(Es que era yo algo insistente.)

¡Y yo que me veía aprendiendo a proyectarme en escenarios con actuaciones magistrales, en obras impactantes que dejaran al público vibrando de emoción y con algo en qué reflexionar en profundidad!

O convirtiéndome en una escritora prolífica, profunda, interesante... ¡trascendente!, cuyo mensaje tocara los corazones y las mentes, y sembrara en cada palabra semillas de pasión, de esperanza, de fuerza, de libertad... O salvando el planeta, de a uno por uno, en un consultorio, como terapeuta psicológica, ayudando a otros a que se ayudaran a sí mismos...

O ya, de perdís, vivir en la playa... y explorar, estudiar el misterioso, inescrutable, maravilloso, asombroso e inmenso azul. Y ya sabes... tal vez ayudar al planeta un poco.

En fin... Hoy día sé que a mi padre le tocó ver a muchas muchachitas convertirse en víctimas de las circunstancias de la ya entonces caótica y peligrosa ciudad de México. Pero entonces él no pudo imaginarse que la oscuridad del ser humano se encuentra rondando tanto en metrópolis cosmopolitas como en provincia,

aun en medio de ciudades muy conservadoras, aun en ambientes “seguros”.

Hoy también sé que mi madre (me lo confesó tiempo después) me veía como la hija que se haría cargo de los “viejitos” (¡nada de volar del nido!), y creía ciegamente que un título (de cualquier carrera) del prestigioso..., me proyectaría, casi por sí mismo, hacia el éxito profesional absoluto y que me sobraría la lana, los morlacos (diría mi padre, que en paz descanse), y que me casaría con otro profesional exitoso y... bueno... Shalalá...

Aunque traté de convencerlos de las opciones que no implicaban viajar a otro estado, acabó por suprimirse, lentamente, mi profundo deseo de seguir las aspiraciones de mi mente y de mi corazón. Y es que, al final de cuentas, creo que me convencieron (me convencí) de que mi corazón debía estar en sus mejores deseos, así que terminé cediendo. Sobre todo cuando mi madre tuvo la audacia de prometerme que, una vez terminada la carrera, podría seguir estudiando lo que yo quisiera.

¡Ah!, inocente palomita, que te dejaste engañar. Y es que, en el fondo de tu alma, querías creerle. A lo mejor hasta ella también quería creerlo. Pero al terminar mi carrera mi padre falleció. Todo cambió. Se complicó. Y mis sueños se quedaron en pausa indefinida.

¡Oh, rayos, maldita sea! ¿Cómo no pude ser más fuerte, más incisiva, más agresiva y más determinada?

¿Cómo pude ceder sin haber dado más lucha para hacer realidad mis sueños?

Hay que aprender a decir no a tiempo, y buscar, buscar, buscar a alguien o algo que te ayude a mantener tu decisión. Sobre todo cuando tu ser te lo grita y te lo exige desde adentro. Agotar las opciones, buscar alternativas, darle tiempo al tiempo y no desistir.

Pero entonces sabía yo casi menos que nada de la vida. Y aunque sabía lo que me gustaba, lo que me interesaba, lo que me

llamaba, definitivamente no sabía cómo conseguirlo y complacer a mis padres, a la vez.

## EL MIEDO, ORIGEN DE NEFASTAS DECISIONES

El miedo es, sin duda, el peor consejero.

ANÓNIMO

Oh, sí... esa maldita necesidad de complacer a otros para evitar sentir a toda costa que me dejarían de amar. Porque, al final de cuentas, mi poca o mucha insistencia era como una rebeldía... y ¿cómo me atrevía a rebelarme después de todo lo que se me había dado amorosamente? Y, en el proceso de esta rebeldía, la reacción inmediata era una especie de decepción y desamor... como si ya no mereciese su cariño y atenciones amorosas. Cuanto más me determinaba a decir no a sus deseos, más grande se hacía la distancia emocional. Estaba siendo alienada de su amor. Al menos así es como me sentí.

¡Qué surreal situación!

Cuán absurda y drástica, qué ridícula y hasta patética, pero cuán real era para mí esa necesidad de complacerles, motivada por ese insoportable miedo a no ser amada.

Terrible demonio es el miedo.

Uno de los más terribles, si no el que más.

Que no es lo mismo que la prudencia. ¡Oh, no! Hablo del miedo apanicador... ése que te detiene, que te paraliza; ése que te crea la ilusión de que te quedas sin recursos para avanzar; ése que, si no desechas a tiempo, logra acobardarte para que no hagas todo lo que puedes hacer y no seas todo lo que puedes ser.

El miedo te susurra al oído expectativas desastrosas... como lo frágil que podría ser ese lazo que te une a tus seres queridos... o a cualquier cosa. Y es que, donde hay miedo, no hay fe, y donde no hay fe, no hay esperanza... y si no hay esperanza, pues ya se amoló todo.

¡Oh, infame y maldito demonio!

Me tuviste entre tus garras por demasiado tiempo.  
¡Pero ya no más!

Hoy por hoy, puedo afirmar que mi alimento primordial es la fe.

Cada día, a cada instante, es la fe lo que me mantiene viva y fuerte.

Con la gracias de Dios, ya no hay cabida para el miedo.

En fin... Los deseos de mi madre (secundados por mi padre) eran que siguiera estudiando en..., que buscara ahí una carrera. No desperdiciar la oportunidad, la beca (¡cómo atreverse!). Al ser ésta una universidad de naturaleza tecnológica, sólo pude encontrar una carrera algo cercana a mis intereses, más bien humanistas y artísticos. Esto tuvo sus inimaginables consecuencias en formas muy diversas.

Por supuesto que una vez graduada, ese sueño guajiro de mis padres no se cumplió. No hubo un mágico desarrollo profesional de gran abundancia económica. No hubo ese exitoso profesionista que yo eligiese como marido, no hubo mucho de lo que ellos esperaban, y esto también tuvo su precio, que cada uno, a su manera, ha tenido que pagar.

¡La vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida!

Y eso es algo que hay que prever, que los imponderables estarán ahí.

Que los imprevistos llegan, y tarde o temprano hay que enfrentarlos y no desistir.

Vaya que tuve que aprender a la mala la increíble frecuencia con que pueden surgir obstáculos en el camino. Y es que, como estudiante, no hubo obstáculos. Para mí eso era algo intangible, ajeno, lejano. Era yo, mi empeño, mis talentos y habilidades, y los resultados sencillamente llegaban. No había mayores imponderables. Pero ya afuera, en el mundo real... Bueno, la cosa sí que cambia. Es, en verdad, una jungla.

A mi padre ya no le tocó ver qué "frutos" resultaron de mi título. Para dolor de los innumerables corazones que le conocieron en este mundo, él falleció apenas unas semanas antes de que lo recibiera, con honores y toda la cosa.

Hoy sé, con seguridad que, donde ahora está, comprende por qué los planes que ellos tenían para mí no resultaron como se esperaba.

Y es que, sin importar qué tan trillado, cursi o estereotipado pueda sonarles a algunos, la verdad y la neta del planeta es que pretender ir en contra de los llamados y aspiraciones más profundos, no puede resultar del todo bien.

No escuchar lo que sabes que es correcto para ti es como nadar a contracorriente, es enfrentarte a ti mismo cada día. Y más cuando realmente nunca has acabado de resignarte, a pesar de tus contradictorias decisiones, a pesar del tiempo y las circunstancias.

Y es que, a pesar de todo y de todos, el alma no se silencia así nomás, aunque la quieras engañar con interminables razones y motivos; aunque la colmes de pensamientos e ideas que la distraigan y la atonten.

Eventualmente, ella se vuelve a hacer escuchar, una y otra vez... se expresa, se queja, se rebela, se manifiesta por más que intentes callarla.

Mi padre era un artista innato, increíblemente talentoso, aunque, desde lo que alcancé a percibir, nunca pareció interesarle vivir de eso (¿?) (pero sí que pudo haberlo hecho). Además, tenía otros talentos que le resultaron más prácticos para sostenernos. También era un alma generosa, aunque lastimada y escéptica por las circunstancias de la vida.

Oh, padre, padre, ¿cómo apagar esta llama si es la mismísima llama que a ti te hacía dibujar cada día evocadores y hermosos paisajes, o rostros que expresaban extraordinariamente la esencia de sus portadores?

Y esa sed... sí, esa sed insaciable que a diario te motivaba a escuchar y hacer tuyas las asombrosas e impactantes melodías de esos genios musicales; melodías que tocaban cada fibra de tu mente y de tu alma y te transportaban a un lugar fuera de esta tierra, y te hacían sentir vivo.

Jamás he dejado de soñar ni de anhelar. La llama sigue viva, encendida y expectante. Y quiere crecer y alumbrar. Quiere expresar y tocar, motivar y emocionar, conmover y provocar, y ¿por qué no?, trascender y transformar.

Pobre de mi madre. Si yo "me arrepentí" profundamente de haber cedido a sus deseos, creo que ella se arrepintió mil veces de haberme presionado. No sólo porque el guajiro sueño no se cumplió, sino por otros sucesos que se dieron en el camino, en los que yo dejé que decidiera por mí, y las secuelas de éstos.

Claro, con el paso del tiempo comprendí con más humanidad las motivaciones y limitaciones de mis padres, y me propuse dejar

atrás, sin resentimientos, aquello que en su momento me llevó a confusiones y sufrimientos. Entonces fue más fácil asimilar una buena porción de eventos y situaciones para afrontar, resolver, sanar, cerrar... Y seguir adelante.

Algunas consecuencias y secuelas me dejaron huellas muy profundas que aún siguen en proceso de sanación. Y es que, en los caminos de la vida, hay de veredas a veredas. Algunas tan oscuras, que hay que “volverse heroico” (y armarse de valor) para “hacer lo que se tiene que hacer”, como diría mi queridísima tía Tita, para decidirse e internarse y confrontarlas.

## DE UN DEPREDADOR (y otro demonio)

EL TERRENO ESTABA CASI LISTO

La vanidad es mi pecado favorito...

Texto de Al Pacino como Lucifer  
(El abogado del diablo)

Una de las veredas de este nuevo camino se presentó justamente cuando ya me había resignado a ceder. Como decía, me sentía sola y frustrada. En algunos meses terminaría la prepa y sólo una de las “pláticas” sobre las opciones de carrera me había llamado un poco la atención como para investigar más al respecto.

La persona que dio la plática en cuestión me inhibía. Yo ya la conocía, pues había dado unas clases en la prepa. En realidad no interactuamos mucho. Algo me parecía extraño de esta persona (ésa era mi intuición que me alertaba...). Pensaba que parecía demasiado desenvuelta para su conocida religiosidad.

Cuando tomaba sus clases, era común que recibiera muchas visitas de ex alumnos. Esto me parecía algo fuera de lo común, sobre todo porque parecían tratarlo como a un igual.

Finalmente, procuré no darle tanta importancia. Después de todo, sólo era una plática. Además, si ya me iba a quedar ahí, por lo menos me informaría acerca de adónde me iba a meter, fuese quien fuese el que me informara.

Esta persona, a la que llamaré Equis, se entusiasmó visiblemente cuando la busqué para concertar una cita con el fin de informarme

más sobre la carrera en cuestión. Ingenua de mí, hasta me dio ternura que le alegrara que una preparatoriana quisiera más información.

La gran decepción posterior hizo que me diera cuenta, casi de golpe (un ramalazo despiadado), de que esa alegría sólo había sido motivada, aparentemente, por la perversa esperanza de atraer a sus garras a una presa más.

Mi soledad y mi frustración (impotencia y enojo contenido) ya habían dañado la relación con mis padres, sobre todo con mi madre, quien era la jefa y administradora de nuestras vidas. Una vez que cedí, no se volvió a hablar sobre el asunto, y me tragué mis inquietudes, aunque me causaron indigestión emocional por un buen rato. Yo, que cedí por no perder sus “amores”, irónicamente empecé a alejarme de mis padres. Supongo que el resentimiento, disfrazado de lástima autoinfligida, era más intenso y más profundo que mi resignación.

Por otra parte, mi madre estaba muy ocupada “correteando la chuleta” y atendiendo a mi padre, quien no podía trabajar porque meses atrás había sufrido un ataque al corazón de “doble cara”. Sobrevivió de puro milagro; los doctores estaban asombradísimos. Y aunque, eventualmente, medio volvió a chambear y vivió siete años más, ya nada fue igual. De este suceso nadie en la familia pudo realmente recuperarse. Egoístamente, diría que menos que todos mi madre y yo, pero es demasiado subjetivo afirmar esto sobre un asunto tan delicado. La realidad es que ese ataque al corazón acabó por afectarnos a todos en diversas formas, momentos y grados. En ciertos aspectos, para bien, y en otros, para no tan bien.

En mi caso, todavía, de tiempo en tiempo, la falta de su presencia, me hace sentir huérfana, como una niña pequeña, que no entiende qué pasó. Aún hoy, que soy madre de una hija de once, a veces, cuando me hace especial falta su cariño, me siento como de seis.

Al ser mi padre la mayor motivación de mi madre para vivir, ella no parecía tener cabeza para otra cosa y no pudo (o no quiso) darse cuenta de que este retoño suyo se internaba en un callejón peligroso. Y como me encontraba distanciada, no compartía lo suficiente como para prender algún foco de “alarma”.

Era un día como cualquier otro. Nos vimos en la cafetería de la prepa para platicar. Yo iba muy bien preparada, con preguntas muy concretas. Quería tener una clara idea de aquello a lo que le dedicaría casi cinco años de estudios y el resto de mi vida como chamba.

No imaginaba que casi no ejercería mi carrera como tal, aunque ésta me ayudaría a muchas otras cosas.

Esta claridad pareció sorprenderle. Como que Equis no se había preparado como yo, al menos no para lo que habíamos concertado la cita. Medio me sacó de algunas dudas y me remitió a dos o tres graduados para indagar más sobre lo que concernía al ejercicio de la profesión en cuestión.

Una vez terminado este trámite, empezó a trabajar en su propia agenda, en sus motivos ulteriores. Se mostró muy amable y complaciente respecto a mi extraordinaria preparación para la plática. También me comentó que siempre le causó admiración mi desempeño en sus materias y que creía que yo tenía un gran potencial. Empezó a hacer preguntas sobre mí. Y aunque todavía me sentía algo inhibida por él, mis defensas empezaron a relajarse conforme iba “endulzándome el oído”. ¿A quién no le gusta que lo halaguen, que lo hagan sentir especial? Sobre todo cuando estás solo, frustrado e incomprendido, cuando no parece haber nadie que te escuche y que, además, lo haga con auténtico interés.

Entonces entendí las múltiples visitas que le hacían sus ex alumnos. Para cuando terminamos la conversación, mi corazón sentía que tal vez había encontrado una interesante amistad en

potencia. Me hizo sentir importante, no sólo porque me escuchó, sino porque era un adulto. Un adulto con religiosidad (o sea, con cierto nivel espiritual), con preparación académica interesante (siempre he sido muy intelectual) y que se tomó el tiempo para tratarme con respeto y consideración.

¡Ah la vanidad! Otro demonio despreciable... Funesta compañía de la soledad y la baja autoestima cuando alguien con planes perversos te quiere "echar al bol-sillo".

La vanidad te hace perder el piso. Te hace perder la perspectiva al bloquear tu razón y tu intuición. No te permite ver ciertos aspectos de la realidad o la realidad misma. Es decir, es tan oscura que te deja sin defensa ante potenciales peligros de todo tipo, y si está siendo usada por alguien que no tiene integridad, resulta una herramienta tan efectiva como siniestra.

Muy valiosa, en cambio, es la humildad. Fundamentalmente porque te mantiene con los pies en la tierra. Y esto te permite escuchar a tu intuición, a tu intelecto, incluso a tu instinto de supervivencia. Te mantiene ecuánime y alerta.

¡Oh, Dios mío! Lléname de humildad para ver con claridad lo verdaderamente valioso, para no cometer errores que me lastimen o que lastimen a otros.

### ASECHANDO, AFIANZANDO LA CERCANÍA

No todo lo que brilla es oro.

Casi sin darme cuenta, después de varias pláticas "casuales" dentro de las instalaciones de..., y apenas a unas pocas semanas de este primer encuentro, este Equis ya se estaba convirtiendo en receptor

de confianzas, e incluso me había convencido de convertirme en su ayudante/asistente. Hasta me pagaría una corta lana.

Esto le proporcionó a Equis espacio y tiempo para estar más cerca de mí y conocerme cada vez más a fondo, lo cual era indispensable para sus propios planes. Es un ser meticulado, calculador, cuidadoso y audaz.

Por otra parte, esta nueva cercanía me dio oportunidad de desahogarme, expresarme y hasta ilusionarme con sus planes de apoyarme en mi ya cercana carrera profesional, para que desarrollara todo mi potencial. Hasta se comprometió a ayudarme en todo lo necesario para tramitar y afianzar opciones de becas en fabulosas universidades en el extranjero. Desgraciadamente, todo este convivir y estos castillos en el aire también permitieron que empezara a encariñarme.

Cuán necesitada estaba de atención, cariño y escucha; cuán increíblemente ingenua e inocente era que, sin darme cuenta, le fui poniendo en la mesa innumerables recursos para que siguiera orquestando su “seducción” emocional.

En pocos meses Equis se convirtió, desde mi ingenua perspectiva, en una especie de amoroso y generoso pariente, un tutor, un mecenas que, desinteresadamente y sólo porque me valoraba y apreciaba, estaba dispuesto a ayudarme e impulsarme.

De mis amigos más íntimos que conocen al menos parte de esta historia, ninguno se ha “atrevido” a preguntarme: “¿No te parecía demasiado bueno para ser cierto?” Supongo que, en parte, por compasión, y porque Equis era, aparentemente, de gran religiosidad. Así que, lejos de sospechar algo sombrío, yo más bien me sorprendía de mi buena fortuna. ¡Cuán generoso estaba siendo Dios conmigo!, pensaba yo.

Por una larga temporada, tiempo después de tener que afrontar la realidad, sentía que había sido abandonada por Dios.

Más adelante comprendí que eso estaba muy lejos de ser cierto, por el contrario, Dios me protegió mucho más de lo que nunca podré agradecerle, ya que el recuento de los daños pudo haber sido mucho peor.

Todo parecía miel sobre hojuelas. Con el intelecto y la sensibilidad que Dios me había dado desde pequeña, no había sido fácil para mí encontrar con quien platicar con verdadera profundidad acerca de cosas de la vida, así que Equis, persona letrada, conocedora del arte y la psicología, y con cierta agudeza sobre la naturaleza humana, resultó un gran interlocutor, sin mencionar su ternura, simpatía y el constante flujo de ánimo hacia mi superación personal. ¡Vaya, qué tesoro creí haber encontrado!

¿INTENTO FALLIDO? ¡CLARO QUE NO!  
(PERO SÍ...)

No hay peor ciego que el que no quiere ver.

Nadie pudo jamás imaginar que mi ser se pondría de cabeza en algunas cuantas semanas. Nadie hubiese creído que me encontraba en riesgo. Ni yo misma lo consideré, a pesar de que, en una ocasión, sucedió algo que por instantes me desconcertó: un intento fallido, que en mi mente no pude concebir como real.

Ahora sé que aquello fue un primer acercamiento. No sé si bien planeado o porque Equis se desesperó. No sé si exploraba o si no aguantó sus perversas ganas de intimar en otro plano. Lo que sí sé es que, en ese momento, no pude concebir en mi mente que el evento fuese deliberado.

A estas alturas de la amistad, ya habíamos tenido la confianza para darnos uno que otro esporádico abrazo. Nada comprometedor, por donde lo vieras. Como un pariente que te felicita por algún logro o cumpleaños y brevemente te abraza y palmea la espalda.

Como un amigo que te consuela y te sostiene por instantes, para que “llores en su hombro”.

Unos cuantos, muy breves, tiernos e inocentes abrazos.

Recuerdo que ese día habíamos estado platicando largamente, mientras le ayudaba, en mi papel de asistente, a revisar y dar orden a algunos documentos de los que ya ni me acuerdo bien.

Había sido una plática reconfortante para mí. Debo reconocer que sabía cómo hacerme sentir bien conmigo misma. En muchas ocasiones, aun viéndolo en retrospectiva (ya a la luz de sus oscuras intenciones), en realidad Equis parecía haberse dedicado amorosamente a que mi autoestima se restableciera, a que me valorara en todas mis dimensiones, a que me empeñase en ser todo lo que podía ser, a que no me conformara, a que creyera en mí.

Y, en buena medida, mucho de eso sí sucedió.

A veces creo que, tal vez, fue justamente eso lo que me salvó de un daño más profundo, cuando todo el dolor escondido emergió.

Aún hoy, a veces me pregunto si en verdad no había nada de amor, de cariño desinteresado. Parece casi increíble que tanta ternura fuese sólo parte de un plan elucubrado para una meta perversa.

¿Puede un depredador encariñarse con su presa, más allá de engañarse con la creencia de que ésta alimenta su autocomplacencia?

Siendo objetivos, esa ternura parece parte crucial y necesaria para facilitar la emboscada final, en la forma que fuera. Que la presa se sienta segura. Que la víctima no se imagine que es una presa que está siendo cazada. Y, en tal confianza, la planeación de una aproximación con uso de la fuerza sería fácil de consumir.

¿O acaso, en su retorcida mente, pensó que conseguiría conquistar a su presa y que, ante una clara seducción, ésta no opondría resistencia?

En fin... ¿en qué estaba? Ah, sí, en el momento desconcertante.

Había sido una plática reconfortante. Terminó la jornada de trabajo y nos disponíamos a partir. Normalmente me daba un aventón a mi casa. Y, justo antes de ir hacia el coche, abrió sus brazos, y me dirigió una tierna mirada, para darme un abrazo. Yo también extendí mis brazos, pero, entonces, en vez de hacerse un poco de lado, Equis se siguió de frente, medio parando la trompa. Y se suscitó uno de esos embarazosos momentos en que uno y otro mueven la cabeza, para no toparse de frente, momento que, más adelante me di cuenta, se extendió un poco más allá de lo “casual-accidental”.

Finalmente se rindió (después lo vi con claridad) y se acomodó para que el abrazo normal se diera, sin más confusión.

¿¡Equis quería besarme!?, pensé casi de inmediato, poco antes de terminar el breve abrazo. Pero igual de rápido deseché la posibilidad, y hasta avergonzada me sentí de haber tenido semejante ocurrencia. ¡Mira que pensar tal barbaridad!

Me cegué yo solita.

No quise ver lo que estaba emergiendo frente a mis ojos.

“Fue un típico momento extraño en que no coordinas tus movimientos con los de la otra persona —pensé—, un típico accidente de movimientos encontrados.” Imaginar por un momento que Equis tuviese intenciones que no fueran honorables me hizo sentir tan mal que, por varios días, me lo reproché a mí misma. Pronto comprendí que casi nada de lo que Equis hacía era accidental, y que muy poco tenía de honorable.

¡Apenas puedo creer hoy que, en su mente, en verdad creyó que me cortejaba, conquistaba y seducía románticamente!

¡Qué distorsionada y enferma era su percepción! Cielos, yo apenas tenía poco más de diecisiete años. ¡Y además era una ingenua!

Dejé de lado este incidente, convencida de que no había pasado nada. Que ese pensamiento de sospecha no tenía fundamento alguno, que había sido una locura concebir algo tan ridículo.

Pero a las pocas semanas la venda de mis ojos se vino abajo. Sin haberlo calculado, Equis se delató, no directamente, pero se delató. Fue un momento de gran debilidad de su parte. Algo que dejó entrever, víctima de su propia frustración y mente retorcida.

Y agradezco al cielo que haya sido así, porque aún hoy creo que Equis bien pudo haber intentado, más adelante, un acercamiento forzado, de no haber sido por aquel "simple" malentendido que llegó muy a tiempo para que yo saliese, para siempre, de aquel peligroso callejón.

No dejo de agradecer a Dios, a la virgen, a mi ángel custodio y al mismísimo arcángel Miguel, que me brindaran su protección divina, como ciertamente lo hicieron; al dejarme ver con claridad y oportunidad las oscuras intenciones de Equis.

¡Gracias, gracias, gracias!

## ATAQUE DE CELOS

Todo cae por su propio peso.

Fue completamente inesperado; tan simple, llano y "común", por no decir increíblemente ordinario, que a mí me pareció surreal. Como sacado de un cuadro de Dalí. Una realidad fantaseada, distorsionada, al grado de parecer una alucinación.

Aquella tarde, semanas después del “intento fallido” que me negué a reconocer, y sin otra novedad o cambio trascendente (al menos para mí), me iba a ser imposible asistir a Equis en sus asuntos de trabajo. A tiempo hice una llamada. Al no encontrarle, dejé recado de que me disculpara, ya que por esta ocasión (la única hasta entonces) me sería imposible asistir para apoyarle. Había surgido un trabajo en equipo para una materia.

Satisfecha de haber avisado en tiempo y forma, me quedé muy tranquila y procedí a trabajar con mi equipo.

Al día siguiente, a media mañana, finalmente me presenté con Equis para ver si podía ayudarle en algo.

Recuerdo que, apenas me vio entrar a su oficina, empezó a balbucear, lleno de cólera, reproches incongruentes sobre el “plantón que le había dado”. Quedó claro que nunca recibió el recado, pero más claro aún, que sus reclamos eran completamente desproporcionados, descontextualizados, alucinados y absurdos. Pero el tono y el lenguaje que utilizó fueron lo que más me desconcertó.

Ante mí estaba esta persona, a quien yo estimaba profundamente, hablándome (gritándome) como un cónyuge en un arranque de celos, iracundo. Era tal mi sorpresa que, prácticamente, me quedé muda. Y esto pareció darle más cuerda. No dejaba de gritar y de hablarme de tan extraña forma, que no pude sino caer en la cuenta de que aquel (negado por mí) intento fallido había sido real.

Mentiría si dijera que recuerdo sus palabras (creo que lo bloqueé para siempre), pero jamás olvidaré el desengaño que viví al escucharlo.

Y cuanto más gritaba, más me abofeteaba la realidad.

Estaba tan asombrada, tan atónita ante este súbito cambio de orden de las cosas, que apenas sentí un poco de desazón ante aquella surreal agresión verbal. Mi instinto me hizo salir de ahí tan rápido como mis fuerzas me lo permitieron.

## INTERVENCIÓN DIVINA

El que busca, encuentra.

En mi súbita carrera no me permití sentir, sólo podía pensar. ¿Quién me ayudará? ¿Quién me ayudará?, ¿Quién me ayudará? Oh, por Dios, por Dios, por Dios... Buscar ayuda, buscar ayuda, buscar ayuda, pero ¿¡quién me podrá ayudar!?

Y, como luz divina, un rostro confiable vino a mi mente.

Era de origen norteamericano, de mente abierta, de gran sentido práctico, sensible, profesional, amable, propositiva, proactiva, una maestra formidable que siempre me había inspirado admiración, confianza y seguridad. Y esta vez mi intuición se había hecho escuchar.

Tan pronto como pudo atenderme, me escuchó. Fue entonces cuando mis emociones se desentumecieron un poco. Aturdida, con la voz entrecortada, sintiéndome traicionada en lo más profundo de mi ser, traté de expresar lo que acababa de pasar.

Algo atónita, muy indignada y preocupada por mi estado emocional, pero increíblemente serena, escuchó mi relato. "Ahora platícamelo todo. Desde el principio —me decía—, cuéntame todo desde el principio."

Dios te colme de bendiciones, donde quiera que estés, querida maestra.

Sabia, amorosa y fuerte, ángel enviado por Dios. Sé que sabes lo que tu ayuda significó para mí, y jamás dejaré de agradeceréselo a la vida.

No tengo idea de cuánto tiempo estuve hablando con ella, pero recuerdo que no dudaba en interrumpirme para hacer todo tipo de preguntas. Como si cada detalle fuera crucial, como si tratara de aprehender todo en su mente con gran claridad.

Al terminar mi relato, se quedó pensativa por un rato. Se levantó y caminó un poco; reflexionando, concentrada, maquinando con todo cuidado lo que me iba a decir.

Aunque para entonces estaba como desinflada, como si me hubiera quedado sin energía alguna, sintiendo la cruda realidad, en un estado de decepción que, me atrevo a decir, no he vuelto a experimentar jamás, pude ver con gran claridad cómo sus azules ojos expresaban el intenso proceso intelectual que estaba ocurriendo en su mente. Para mí, fueron momentos de gran expectación y fascinación a la vez.

Finalmente, se sentó frente a mí y, mirándome fijamente a los ojos, como si me fuera a revelar un importante y crucial secreto de la vida, me dijo sin vacilar: “Esto es lo que harás: vas a buscarlo hoy mismo (acompañada de una amiga o amigo) y le vas a pedir que te vea, en un lugar seguro, afuera de tu casa. Y, una vez ahí, sin ningún preámbulo, le vas a preguntar: ‘¿Qué quiere de mí?’” Hizo una pausa.

Agarrar el toro por los cuernos, diría cualquier mexicano. Confrontar duro y directo; sin contemplaciones, sin miramientos.

“Lo que se tiene que hacer, se hace”, diría la tía Tita, citando a Josemaría Escrivá de Balaguer, pero ¿podría hacerlo?

Sin dejar de mirarme fijamente, continuó: “Escucha, Equis no va a ceder fácilmente. Va a tratar de irse por las ramas, te va a contestar con evasiones. Entonces, tú le volverás a preguntar: ‘¿Qué quiere de mí?’ y a cada respuesta evasiva, tú le volverás a preguntar exactamente lo mismo. Una y otra vez, hasta que te lo diga”. Hizo otra breve pausa. Al ver sus ojos, llenos de tanta certeza y fuerza, sentí que me volvía el alma al cuerpo.

Creo que ésta fue la primera vez en mi vida que pude sentir, de otro ser humano, una fortaleza y seguridad tan inconmensurable, que parecía venir de otro mundo.

Y me dejé contagiar, desde el fondo de mi alma hasta la mismísima médula de todos mis huesos.

Continuó: “Una vez que te lo diga, tú le vas a contestar, clara y firmemente, que eso no es lo que tú quieres. Y, si llegara a insistir, tú le volverás a decir, clara y firmemente, que eso no es lo que tú quieres. Se percatará muy pronto de que nada te hará cambiar de parecer y dejará de insistir. Entonces te vas. Sin más ni más”. Pausa. “Una vez hecho esto, me vienes a ver.”

Más rápida que velozmente, busqué a una de mis mejores amigas y, sin mayor explicación, le pedí que me acompañara a ver a Equis. No lo encontramos. Ella me vio tan “rara” que insistió en que le platicara lo que me sucedía.

Así, de entrada, no podía creerme (y seguramente no quería creerme).

“No es que no crea en ti —me decía, tratando de no lastimar mis sentimientos—, es que no puedo creer eso de Equis.” La pobre estaba bastante confundida, lo cual era completamente comprensible, pero me acompañó a buscarlo un poco más tarde.

Apenas entré, le pedí que nos viéramos para platicar. Aún estaba visiblemente perturbado y, aunque intentó contenerse, volvió a surgir ese tono, ese lenguaje. Una vez acordado el encuentro, mi amiga y yo salimos de inmediato de ahí.

Justo después de cruzar la puerta, mi amiga me tomó del brazo y me dijo con ternura y firmeza a la vez: “Te creo”.

Dios te bendiga, añorada amiga, por todo el consuelo y apoyo que recibí de ti.

## DEPREDADOR CAZADO

No existe verdugo sin víctima.

Llegó la hora y llegó Equis. Algo nerviosa, pero decidida, aclaré mi garganta e inicié la conversación tal como me lo había indicado mi estimada maestra.

Fue asombroso, en realidad fue extraordinario, "profético". Todo lo que ella dijo que sucedería, sucedió. Al pie de la letra. En verdad sorprendente.

Cuando finalmente reconoció que su interés iba más allá de la amistad, que en realidad era "romántico", yo sentía que, de la impresión, me faltaba el aire. "Mi respuesta es no", dije, firme y claramente. Después tuvo la osadía de decir que no quería renunciar a mí, pero que lo haría, por mí.

Por si no le quedaba claro, ya que se veía un tanto de confusión en su mirada, le aclaré que el no se aplicaba también a sus "apoyos" económicos, pero me suplicó que, al menos, lo dejara hacer eso, aunque ya no lo ayudara. Y, aunque insistió, me negué rotundamente y me fui.

Mi mente estaba clara y me sentí fuerte, asertiva.

Había confrontado y vencido a un depredador.

Entonces supe con certeza que jamás volvería a ser la misma.

Sin embargo, y comprensiblemente, más adelante, al paso de las semanas, poco a poco comenzaron a surgir sentimientos encontrados. Después de todo, acababa de perder un pedacito de mí.

# MÁS DEMONIOS

## EL RECUENTO DE LOS DAÑOS, PARTE 1

### Mi cerrazón y la evasión de mi madre

No hay peor ciego que el que no quiere ver.

Al día siguiente fui a ver a mi maestra (y recién estrenada madrina de confrontaciones de vida) para platicarle el suceso. Me recibió de inmediato esperanzada y expectante. Cuando terminé mi narración, simplemente sonrió con sus ojos expresivos que pasaban del orgullo al alivio, y me abrazó reciamente.

“Vas a estar bien”, me dijo con seguridad. Y me aconsejó que desde ese momento en adelante evitara pasar por la oficina de Equis, pero que si me lo topaba, siguiera caminando sin titubear, erguida y sin mirarle.

Mis amigas más cercanas se alegraron de que hubiese encontrado tan oportunamente la ayuda providencial de esta extraordinaria mujer. Y, en adelante, sensibles como eran, no tocaban el tema a menos que yo lo hiciera. Lo cual casi nunca pasó. Era difícil hablar de aquella experiencia.

Ciertamente salí mucho mejor librada que muchas otras presas de semejante tipo de depredadores (Dios las ayude, las consuele y las sane). Y, ciertamente, estaba muy agradecida con Dios, con la vida, con mi querida maestra, porque Equis no alcanzó a atraparme en sus garras como hubiese querido, pero éstas, sí alcanzaron a lastimar mi corazón y mi mente.

Por una buena temporada me volví más hermética, más cabizbaja, reflexiva y hasta arisca. No dejé de reír, estudiar con ahínco y disfrutar a mis amigos, pero ya no era igual.

Mi familia se dio cuenta rápidamente de todo lo anterior, y de que no hablaba más de Equis. Mis padres empezaron a preocuparse seriamente. Apenas recuerdo haber evitado contestar con claridad algunas preguntas sobre el tema.

Me cerré por completo. No quería contarles nada. No quería siquiera recordarlo, mucho menos compartirlo. Además, no quería ni su lástima ni su comprensión. Ni siquiera quería su cariño. Mi corazón se había acorazado.

Para mi sorpresa, desistieron muy pronto. Creo que no sabían cómo, o simplemente no se atrevían a adentrarse más en el asunto. El último esfuerzo que hicieron fue buscar mediadores. Una tía me invitó de picnic, con varios tíos y primos, y en un momento me habló a solas y medio me “confesó”, pero fui muy escueta en ese interrogatorio. Aunque sí aclaré, con toda seguridad, que Equis no me había puesto una garra encima. Y que no quería hablar del asunto.

Recuerdo que, meses después, mi madre intentó una vez, sin éxito, hablar conmigo.

No podía. Me sentía tan humillada como avergonzada por haberme dejado engañar y lastimar de tal forma. Me sentía dolida y terriblemente frágil. Y no sentía la confianza para abrirle mi corazón; no me sentía segura con ella ni protegida por ella (tristemente). Al contrario, me sentía rechazada, juzgada y expuesta. Así que todo terminó en una discusión y acabé por pedirle, a gritos, que no me volviera a preguntar sobre el tema.

Para mi gran sorpresa y desazón, no lo volvió a intentar, y para mi asombro absoluto, apenas recientemente me enteré, de buena fuente, que al menos mi madre sospechaba con mucha seguridad, y al parecer mantuvo esta creencia por muchos años, si no es que hasta la fecha, que en realidad había tenido un affair

con Equis, que probablemente había cedido a su seducción porque me “convenía” económicamente y por los planes que Equis había forjado para mi futuro.

¡¡Por todos los cielos, un affair!!  
¡¡Una relación romántica consensual por interés!!  
¡¡Dios, Dios, Dios!!

¿Cómo, en el nombre de Dios, pudo sospechar eso? ¿Justamente eso? ¿Cómo pudo? ¿Cómo pudo imaginar que yo...? ¿¡¡Cómo pudo!!? ¿Tan poco me conocía? ¿Tan abrumada estaba por atender a mi padre y corretear la chuleta? ¿Tan fuerte era su necesidad de evasión? ¡¡Dios, Dios, Dios!!

Otro funesto demonio. La evasión de la realidad.

Y es que la realidad puede ser tan penetrantemente dolorosa, que este maldito demonio fácilmente se instala y se pone a trabajar.

La evasión es un demonio por demás peligroso. No te deja ver, porque no quieres ver, aquello que en realidad tu ser necesita confrontar. Y no hablo de un mecanismo de defensa que te permite funcionar después de algún evento traumático. No. Hablo de tomar una decisión que implica eludir algo que debiera ser ineludible.

Y, usualmente, el que evade una realidad suele crear otra que la sustituya, una más aceptable, una más tolerable, ya sea que implique menos responsabilidad o corresponsabilidad, o por lo menos que conlleve una menor dosis de dolor.

Valentía, coraje, determinación... hay que cultivarlos consistentemente. Y, por supuesto, tener fe en que surgirán en los momentos y en las dosis adecuadas para salir adelante. Todos tenemos el potencial de ser valientes.

No. Nadie dijo que fuera fácil, pero se puede, claro que se puede. Hay que creer que se puede. Aunque a veces duela.

Que forma tan extrema de acallar sus dudas e inquietudes al respecto de aquella situación. Y cómo no pensar en todas las secuelas que esta sospecha propició en los siguientes años. ¡Cielos! Creo que ahora, tal vez, puedo empezar a entender con más claridad muchas cosas que antes eran para mi inexplicables acerca de la relación entre mi madre y yo.

Cuando escuché esto por primera vez, fue tan impactante, sorpresivo e increíblemente increíble, que rápidamente se filtró por mi raciocinio y me pareció absurdo y ridículo. Incluso me reí. Pero fue ésta una reacción completamente defensiva. En el fondo de mi ser, me sentí otra vez humillada y ultrajada, desprotegida, traicionada y, para agregar al recuento de estos y otros daños, una vez más, desmadrada.

Qué fragilidad tan vulnerable es la fragilidad humana.  
¡Oh madre, madre, madre!

Sólo Dios sabe, con absoluta certeza, lo que guarda el fondo de tu corazón. Él sabe lo que habrás sufrido, pensado, elucubrado, en esa cabecilla tuya. Mi corazón quiere pensar que, en algún momento, aceptaste la verdad.

¡Oh, madre, madre, madre!  
Dios te guarde y te llene de bendiciones.

## EL RECUENTO DE LOS DAÑOS, PARTE 2

### Lo irreconciliable

La confusión es la madre del caos.

ANÓNIMO

Pocas semanas después de confrontar al depredador, comencé a experimentar la pérdida, ciertamente extraña. Independientemente

de que el Equis real resultó un ser de intenciones oscuras, yo me había encariñado profundamente con aquella persona que, por meses, pretendió ser.

Era muy confuso.

Por un lado, me sentía asqueada y ultrajada; engañada y manipulada, insultada y traicionada. Y me alegraba de haber salido de sus garras antes de que me hubiese lastimado aún más.

Por otro lado, me sentía desprotegida, triste y nostálgica, extrañando la “amistad” que había atesorado y que, en su momento, tanto cariño, impulso y comprensión me había dado.

Eran como dos personas diferentes, como si Santa Claus se hubiese descubierto como el mismísimo chamuco. ¿Cómo reconciliar lo irreconciliable?

A veces lo veía todo como en una película, que te cautiva amorosa y cálidamente, pero después, súbitamente, provoca un desequilibrio tal que te quieres salir del cine y no ver más.

Ya no quería ver más.

Llegó un momento en que ya no quería entender ni “resolver” ni cerrar círculos ni sentir ni nada de nada.

Tratar de resolverlo, acomodarlo, sanarlo de alguna forma sólo me hacía sentir cada vez más sola, humillada, traicionada, engañada, frustrada y hasta estúpida.

Y Dios sabe que lo intenté durante una buena temporada. Pero mi cabeza era un revoltijo. Así que, finalmente, decidí dejarlo por la “paz”. Eventualmente, elaboré una escueta despedida mental. A Equis se lo dejé a Dios. Mis sentimientos los archivé y escondí la llave del archivo en lo más oscuro y profundo de mi mente.

¡Justicia!, otros clamaban

El hombre propone, pero Dios dispone.

Proverbios, 16.

¿Denunciarlo a algún tipo de autoridad? ¡Si ni siquiera podía entender lo que había sucedido! Y, al menos en mi vivencia, no había prueba tangible o contundente de crimen alguno que perseguir (para mi gran fortuna, no llegó a tanto la situación). Además, sólo quería cortar de tajo y seguir mi vida.

¡Que ya no busquen la llave!, gritaba en mi interior.

Por otra parte, muy pronto quedó de manifiesto lo “protegido” que Equis estaba, pero ésa es otra historia. Aparentemente, sólo Dios podría hacer justicia, a su manera.

Poco después supe, de buena fuente, de su historial antes de mí, y más adelante (con gran desazón), de otras presas después de mí. Y cuando un valiente (de una posición bastante privilegiada) pareció abrir la oportunidad de ponerle un alto, nada en concreto se pudo hacer.

El valiente y sus muy pocos seguidores, mas siempre fieles, fueron, ¿cómo decirlo?, “apartados” de su propio entorno laboral, en cuanto empezaron a mover las aguas. Así que las dejaron de mover.

Y es que Equis gozaba de algo así como “inmunidad” diplomática, no porque lo fuese en ningún sentido real de la profesión. No, no, sino porque su posición era extremadamente influyente/pudiente. No tengo muy bien la idea de cómo, pero, en definitiva, lo era. De tal forma que gozaba de una especie de inmunidad.

“Pero de la justicia divina, nadie se salva”, pensaba yo.

¿Cómo creen que le podría ir a cualquiera con esta inmunidad ante la fuerza creadora de todo el universo?

## Un corazón liberado

Hacer de tripas, corazón.

A las heridas del alma, no hay medicina humana que las logre curar.

Podemos dar alivio al dolor, podemos, humanamente, tratar de olvidar y seguir en nuestro andar. Incluso podemos sanar, o creer que ya sanamos, pero la memoria ahí está, instalada en los archivos de nuestra mente y de nuestra alma. Y qué incómoda “invitada permanente” puede ser esta chica, la “Memoria”.

Después de algunos que otros golpecillos y golpetazos en la vida, hace ya un buen tiempo había entendido con claridad, mas no aceptado de buena gana, la respuesta a una tal vez muy tonta duda que, en mis juventudes más jóvenes, tenía con Dios: yo me preguntaba por qué sanar, incluso y sobre todo por divina intercesión, no puede significar también borrar/olvidar algunas partecitas de la memoria.

Y es que, ¿qué gano recordando aquello que tanto daño me causó? (Lo sé, lo sé, era estrecha mi percepción en este asunto.) Y es que, decía yo, dejando atrás el masoquismo, de pronto un olor, una canción, un sabor, un lugar, una frase, te disparan hacia lugares que ¿qué gana uno al visitar, si no dolor, incomodidad, enojo, etcétera?

Pero, claro, de entrada, si pudiésemos borrar las partes dolorosas de nuestras vidas, ¡cuántos millones padeceríamos de lagunas mentales de enormes proporciones y caóticas consecuencias! Aún más importante que una caótica amnesia selectiva y colectiva, ¿cómo podríamos aprender de ellas, de nuestras heridas?

Hasta ahí entendí, tenía sentido, si no somos simples “animálitos” (benditos todos ellos), pero no lo aceptaba con agrado. Con el paso del tiempo, cuanto más lo meditaba y le daba vueltas en mi inquieta cabecilla, más me obligaba a que “me agradara” la

respuesta, porque, aunque es claro que en el momento o inmediatamente después del suceso puede haber un buen aprendizaje, la realidad es que, a la luz de nuevas “sapiencias”, derivadas a su vez de acumuladas experiencias de vida, es claro que el aprendizaje puede ser significativamente mucho mayor y mucho más profundo.

Y si a esto le agregas fe, voluntad y un poco de intercesión divina, estas heridas pueden ser sanadas y transformadas en algo constructivo, y ¿por qué no?, tal vez hasta enriquecedor, por lo menos para uno mismo, o tal vez para más de uno.

Dios sabe que mis heridas no se comparan con las de muchos otros seres humanos que viven cruentas e inhumanas realidades, muchos de ellos y ellas de forma cotidiana (Dios les dé consuelo, alivio, liberación y dulzura en sus corazones). No pretendo ser una especie de seudomártir autonombraada, y menos aún una de tan cortas proporciones, pero ante algunos estímulos a la memoria de esta vieja herida, últimamente todo mi ser me decía: “Cuéntalo, sácalo, libéralo, suéltalo, escríbelo y, por qué no, después ponlo bajo la mirada de otros ojos. No tienes nada grave que perder y, en cambio, habrás ganado mucho tan sólo al liberarlo. Tal vez, finalmente, habrás arrancado de ti esa espina para que sane la herida, de una vez por todas y para siempre”.

Y esta vez sí seguí el llamado de todo mi ser, por encima de mis propios miedos.

A más de veinte años, volver a tocar estas heridas del alma mía me regresó como rayo en el tiempo. Remover los recuerdos, para mi sorpresa, me hizo experimentar otras dimensiones de mis sentimientos. No por hacerlo “a la distancia”, al contrario, esta vez pude acercarme con más profundidad.

Ante una hoja en blanco, esta vez me puse enteramente en manos de la Fuerza Divina y Sanadora. Me encomendé a Dios. Y, a

pesar de que en momentos no quería seguir, decidí perseverar y “hacer lo que tenía que hacer, sin miramientos, sin contemplaciones”.

Aunque me resistí durante varias páginas, finalmente logré bajar mis defensas y me solté, desde adentro. Al hacerlo, empecé a relajarme y a percatarme de lo tenso que había estado mi cuerpo y de lo contenida que había estado mi alma desde que me había sentado a escribir.

Entonces me dejé ir,  
me encomendé a Dios y me lancé al abismo,  
y por primera vez, en veintitantos años,  
lloré sin enojo ni indignación,  
sin confusiones ni asombros, sin reproches ni juicios,  
lloré sin reservas  
las profundas tristezas  
que aquel desengaño y sus secuelas  
habían clavado en mi ser.

Quién sabe, realmente no lo sé, pero quizá, sólo quizás, ahora pueda empezar a hacer, de corazón, lo que un alma muy piadosa y devota hace tiempo me recomendó. Me decía, haciendo emerger mi asombro y absoluta incredulidad: “Es claro que Equis necesita ayuda. Tú no sabes con qué demonios o padecimientos psicológicos se pueda estar enfrentando. En realidad, sólo Dios sabe, pero creo que necesita mucha ayuda para liberarse y así rectificar su camino, arrepentirse y dejar de lastimar a otros”.

Mi rostro atónito.

“Sí —continuó—, ya sé cómo te suena esto, y sé también que lo que te voy a decir te va a sonar aún más absurdo y, tal vez, hasta ofensivo, pero eventualmente creo que hasta a ti te haría bien: reza por Equis, a lo mejor ayudas a salvar un alma.”

Bajo la luz de la fuerza del perdón, y haciendo honor a la misericordia divina, otra alma piadosa me dijo hace

poco que esta sugerencia le daba una real dimensión a la usualmente mal entendida frase “poner la otra mejilla”.

Hoy retomé la sugerencia con menos resistencia de lo que imaginé.